

ARTÍFICES **17**

EL ALMA DE UNA ARTESANÍA

Artesanas, artesanos y materias primas



CNDAR
BIBLIOTECA DIGITAL



**artesanías
de colombia**



Manuel Urueta se dedica a trabajar con la iraca

Foto portada:
Diani Jori trabaja con el chocolatillo en Timbiquí

Un nuevo horizonte

En esta edición, la número 17, de nuestra Revista Artífices, queremos compartir con los lectores algunos fragmentos de las historias de vida de los artesanos y de las artesanas que han tenido una relación directa y especial con las fibras vegetales que utilizan en sus oficios ancestrales y tradicionales. Con “El alma de una artesanía. Artesanas, artesanos y materias primas”, los invitamos a recorrer seis lugares del país y a conocer seis materias primas, de la mano del más selecto grupo de personas que nos permitió conocer sus casas, sus tierras, su pasado y su cotidianidad laboral.

En primer lugar, acerquémonos al Pacífico colombiano para que, en Cali, nos enamoremos del proceso de la paja tetera con Claudia Patricia Saa y José Alonso Jori. Después, entremos a la casa de Arcenio Moya, en Bogotá, y a su azotea de concreto para ver la elaboración de canastos en la fibra de la palma wérregue. A continuación, caminemos con Diani Jori y Clerina Hueso por los consejos comunitarios y los resguardos indígenas en Timbiquí, Cauca, y veamos la recolección, en luna menguante, de la planta chocolatillo para el oficio de la cestería. Posteriormente, viajemos al Caribe y caminemos con Lucas Flores por los sembradíos de la caña flecha en Tuchín, Córdoba, y con Ramona Salgado mientras recuerda cómo sembraba su primera palmita de caña flecha. Luego, conozcamos la historia tejida con palma estera de Jadis Garrido y Eduardo Rosado en la Ciénaga de Zapatosa, en Magdalena. Y, por último, veamos la rapidez con la que Manuel Urueta corta los cogollos de iraca, mientras que, en San Cayetano, Bolívar, su esposa prepara esta fibra para la elaboración de una gran variedad de artesanías.

Con estas historias, esperamos seguir construyendo y visibilizando el alma siempre viva de las artesanías.

Adriana María Mejía Aguado
Gerente General



**Sombreros
desde el río
Saija**

Paja tetera

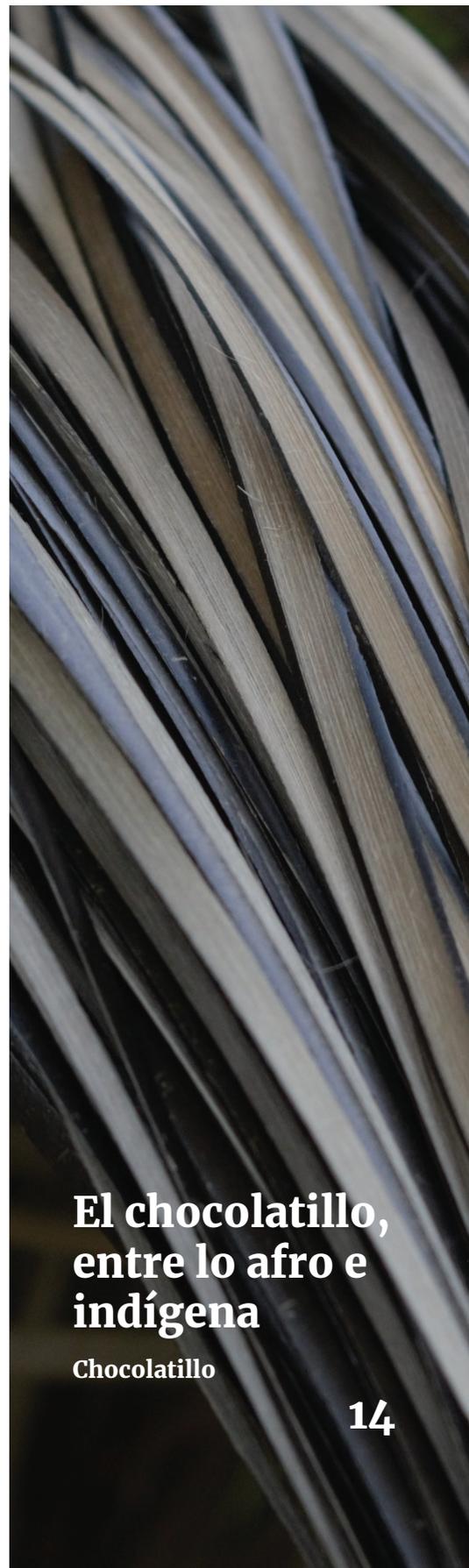
6



**La palma de
espinas**

Wérregue

10



**El chocolatillo,
entre lo afro e
indígena**

Chocolatillo

14



La libertad de la caña flecha

Caña flecha

18



Una vida con esteras

Palma estera

24



Mañanas en San Cayetano

Iraca

28

Sombreros desde el río Saija

José Alonso Jori y Claudia Patricia Saa, oriundos de Timbiquí, cuentan su historia desde su casa en Cali, donde se radicaron hace dos décadas. El trabajo con paja de tetera fue el sueño que los unió al inicio de su matrimonio.

José Alonso Jori y Claudia Patricia Saa llevan 34 años de casados, su primera hija tiene 33 años, el segundo 32 y la menor 28 y desde hace algunos años tienen 2 nietos. Ambos nacieron en comunidades muy tradicionales de la ribera del río Saija, al norte del municipio de Timbiquí, Cauca. Según cuentan, se conocieron por fortuna. Él viajó a visitar a su madrina, que casualmente era vecina de Claudia. Con picardía, ella recuerda que él se flechó inmediatamente la vio, sin mediar palabra alguna con ella. Como la tradición lo dictaba en ese momento, fue directo a hablar con los padres de Patricia para que le dieran permiso de conocerla y, luego, casarse con ella. Ellos, al ver la entereza del muchacho, se sorprendieron y afirmaron que de seguro ese muchacho sí sería de servicio.

Los mayores de las dos familias se reunieron y decidieron que sí se podían conocer mejor, obviamente, acompañados de un chaperón porque no tenían el permiso de hablar a solas. Siempre debían seguir las indicaciones de los mayores tan pronto como las recibían. Claudia cuenta que esa crianza tan tradicional y conservadora le ha traído implicaciones incómodas de llevar a lo largo de toda su vida. De vez en cuando, aún le da pena mirar a la gente a la cara y se siente incómoda si ve a alguien directamente a los ojos, pero siente que lo debe hacer porque quiere inspirar confianza en los demás.

De su infancia, José cuenta que él no aprendió mucho del trabajo con tetera, ya que vivía cerca al mar, donde las labores eran otras, y siempre se dedicó más a la pesca y a la siembra.

Las labores artesanales, aunque no eran mal vistas, eran responsabilidad de otras personas.

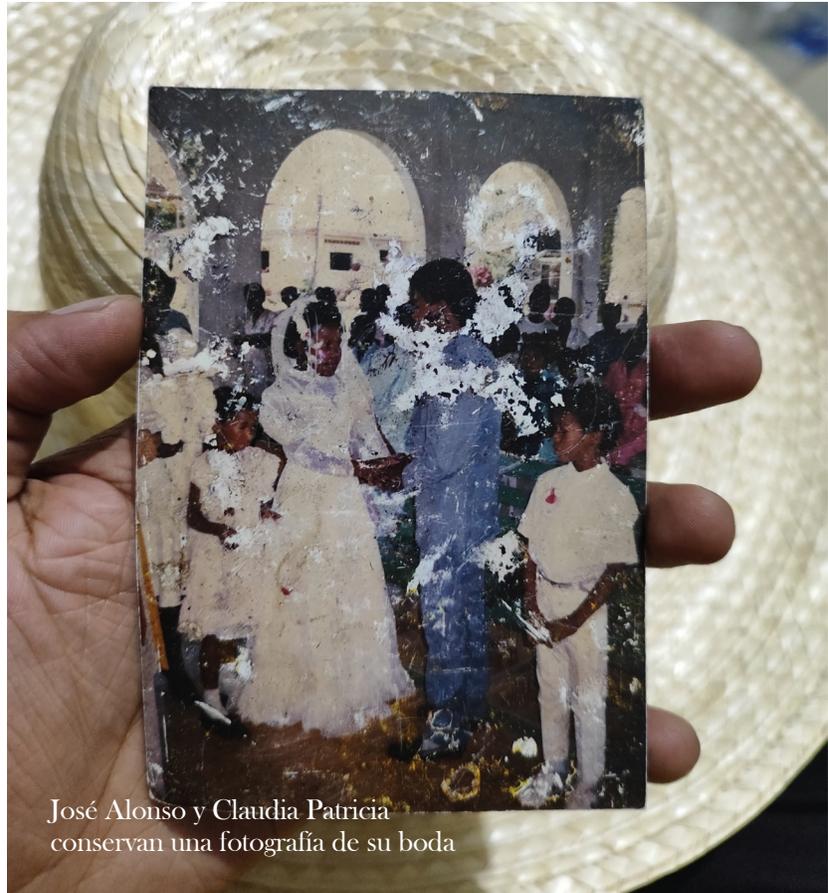
Recuerda con nostalgia y alegría sus tiempos de faenas pesqueras. Pero, también, tiene en su memoria cómo, aun antes de conocer a Claudia, sabía que quería otro legado para sus futuros hijos. Su padre había sido pescador, al igual que su abuelo y bisabuelo, y, si bien estaba orgulloso de esa tradición, sabía que no tenía por qué heredarla. Tanto él como sus futuros hijos tendrían el derecho a dedicarse a lo que quisieran.

Claudia sí venía de una tradición más agrícola. Sus abuelos, con quienes se crio, se dedicaban a hacer sombreros, pero, también, a trabajar con la caña, preparar viche, hacer miel y sembrar plátano, banano, maíz y todo lo relacionado con el campo. Su madre tuvo que irse,

cuando Claudia aún era muy pequeña, a buscar oportunidades en la ciudad, dejándola con sus abuelos y una tía, quienes, a pesar de quejarse de la carga extra que significaba una niña pequeña para las labores del monte, la aceptaron. A veces, su tía, que apenas iba al colegio, la llevaba consigo con tan solo dos años. A veces, su abuela se la colgaba con un trapo a la espalda, caminaba al monte y la dejaba en una hamaca entre troncos, mientras ella hacía todo el trabajo.

Una de las cosas que mejor recuerda Claudia es el pequeño sembrado de tetera que su abuela tenía al lado de la casa. Después de llegar del monte y de almorzar, a eso de las tres de la tarde, su abuela cortaba y raspaba la tetera. Eran dos labores que se tenían que hacer una seguida de la otra, ya que la tetera, una vez cortada, debe ser trabajada al instante, o si no se seca y luego no se deja trabajar.

Ya en los primeros años de juventud, o como dice Claudia, cuando ya estaba jovenciando, su abuela le dijo que era momento de aprender todos los saberes necesarios para su vida adulta: cómo y con qué cuidar a sus futuros hijos, cómo conseguir dinero —por si acaso no conseguía un buen marido— y qué hacer para tener sus propios ingresos. Poco a poco, Claudia fue aprendiendo el oficio de su



José Alonso y Claudia Patricia conservan una fotografía de su boda

abuela mientras la veía y por su propia cuenta; primero, a pelar la tetera, a dejarla bien limpiecita, y, luego, a hacer las trenzas de palma. Su abuela vendía las trenzas al cacharrero, un hombre que recorría las zonas rurales del municipio intercambiando cosas. Así que ella cambiaba trenzas por gallinas y gallinas por telas para hacer su propia ropa, por ejemplo.

En su juventud, ya sabiendo el oficio, Claudia cambiaba trenzas por útiles escolares, una práctica no muy común entre las muchachas de su corta edad.

A ella, que vivía con sus abuelos y apenas recordaba a su mamá, esas ventas le ayudaban para el sustento del día a día.

Cuando tenía 13 años, su madre regresó a la vereda, ahora con dos hijos y una máquina de coser nueva. No se la dejaba tocar porque en esos tiempos era un bien muy preciado. En cambio, Claudia debía tinturar las fibras y hacer otros oficios, mientras su madre era la única encargada de armar los sombreros con la máquina.

Fue pasando el tiempo, y Claudia observaba cómo su ma-



Claudia Patricia Saa ha practicado este saber por 39 años

dre reemplazaba los carretes de la máquina. Sentía unas ansias desaforadas por aprender hasta el último eslabón del oficio que aún no manejaba a la perfección. Un día, su madre tuvo que embarcar hacia la cabecera municipal, y ahí Claudia vio su oportunidad para tomar prestada la máquina. Con el miedo de quien no sabe qué hacer, y con más miedo aun por la probabilidad de dañar una aguja —pues, en esos tiempos, se requería de toda una travesía para encontrar el repuesto adecuado—, Claudia fue aprendiendo a tejer los sombreros a escondidas. Rompió

una que otra aguja y recibió más de una regañada y golpiza por usar la máquina sin permiso.

En una Semana Santa, en la que su madre se fue a la ciudad a vender sombreros, Claudia perdió definitivamente el miedo. Sabía que por esas fechas muchas personas tomaban río abajo para ir a pescar. Entonces, le compró algunas trenzas a su abuela y a otras mujeres de la zona y se dedicó a hacer muchos sombreros. Día y noche unía las trenzas y vendía el resultado. Por otro lado, a su madre no le fue bien en la capital, casi no vendió sombreros y le tocó

regresar al pueblo con el pasaje fiado. Claudia, que no había gastado un peso de sus ganancias, le dijo que no se preocupara, que ella había estado trabajando y le podía pagar el pasaje. Ese momento significó una profunda reconciliación con su madre, Felicidora, ya que por fin reconoció el potencial que tenía para el oficio.

Tiempo después, Claudia se embarcó hacia Cali. Su matrimonio estaba arreglado, pero quería conocer la ciudad antes de meterse en la travesía de tener su propia familia. Estando en Cali, trabajó tres años como

empleada doméstica, lo cual le sirvió para ahorrar y comprar su propia máquina de coser, eso sí no sin pasar por las penurias de la discriminación racial y el clasismo de parte de varias familias, quienes le pagaban apenas cinco mil pesos de la época por un mes de trabajo.

Pasado este tiempo, José contactó a los abuelos de Claudia, puesto que todavía no se materializaba el compromiso. Había pasado más de tres años de espera, y la ansiedad hacía de las suyas. Para ese momento, José había viajado varias veces a Cali a visitar a Claudia, a trabajar como obrero de construcción y a ahorrar para el vestido de la novia y su traje. Después de tanta espera, finalmente, se casaron en Puerto Saija y llevaron consigo la máquina de coser.

En medio de su matrimonio, Claudia tuvo la libertad de experimentar más y hacer sombreros de diversas formas y tamaños, todos inspirados en su entorno: en las aves de la región, en las personas que conoció a lo largo de su vida y en las ideas que fue teniendo en medio del camino.

A inicios de los noventa, decidieron trasladarse a Timbiquí para darle una mejor educación a los hijos. Se ubicaron en el barrio Francia, en donde los niños pasaron su infancia y vivieron medianamente tranquilos hasta mediados de los 2000. Para

esta época, el conflicto armado hizo presencia en la región, y pasaron dos eventos que determinaron la salida de la familia del municipio de Timbiquí. El primero fue una confrontación entre guerrilleros del ELN y el ejército, en la que los primeros se atrincheraron en frente de la casa donde ellos vivían, ya que el cuartel del ejército quedaba al otro lado del río.

Una de las cosas que mejor recuerda Claudia es el pequeño sembrado de tetera que su abuela tenía al lado de la casa.

Claudia recuerda esa noche como una de las más difíciles de su vida. Estaba sola con los niños, y tuvieron que pasar toda la noche en vela porque los guerrilleros terminaron ocultándose bajo su casa. Poco tiempo después, y a consecuencia de esto, Claudia desarrolló afecciones cardíacas.

El siguiente evento fue a finales del 2010. Ellos se encargaban de vender tiquetes, con un primo de Claudia que vivía en Saija, para la lancha lancha que hacía el recorrido de Timbiquí hasta Buenaventura. No se sabe

por qué ni quiénes fueron, pero el primo de Claudia fue asesinado y, posteriormente, encontrado en un manglar. Estos dos sucesos fueron los que determinaron su traslado a Cali y la necesidad de reiniciar su vida.

Desde Cali, la familia sigue trabajando con los sombreros. Tanto su propia familia como algunas familias de Saija les envían las trenzas y las cintas de tetera para la elaboración de los sombreros. Su cadena de suministro no se ha roto, a pesar de las dificultades. La pareja aún hoy en día recuerda a Timbiquí con amor y algo de recelo. Recuerdan con amor porque fue allí donde surgió todo lo que son hoy en día: un matrimonio estable, en el que el amor y las risas son lo que predominan, unos hijos que les apoyan en el oficio, pero que a su vez han realizado sus proyectos independientes y un negocio próspero que cada año gana más reconocimiento, desde lo artesanal y desde el diseño. Pero también ven con recelo no haber podido surgir desde su territorio, que el conflicto armado no los hubiese dejado estar allí hasta el día de hoy, que las aspersiones con glifosato les hayan acabado más de una vez todos los cultivos y que las balas hayan silenciado a una parte de su familia.

La palma de espinas

Hace 18 años, un joven llamado Arcenio Moya, de la comunidad del Papayo, de la etnia wounaan del Litoral de San Juan, se vio obligado a huir de su hogar por la violencia. Después de mucho transitar, encontró en el trabajo con wérregue el camino para apoyar a su comunidad desde la capital.

Tras un par de charlas, Arcenio Moya acordó con su padre que era momento de salir de la comunidad del Papayo, de la etnia wounaan del Litoral de San Juan, al sur del Chocó. El conflicto armado en la región se estaba recrudeciendo, y el reclutamiento armado por parte de los grupos armados estaba cada vez más presente. Ser joven y vivir en la comunidad era un peligro para su integridad.

En la comunidad, Arcenio ya había aprendido el trabajo con wérregue. Era algo que practicaba desde su infancia, y toda su familia se dedicaba de

una forma u otra a este oficio. El saber no le era ajeno porque desde pequeño colaboraba con distintas partes del proceso productivo para ganarse algunos pesos. Hace algunos años, el oficio ya era parte fundamental de la economía de la zona. Aunque sacar los productos del territorio y llevarlos a las grandes ciudades —donde pagaban mejor— no era trabajo sencillo, se lograban vender.

Ya habían llegado a la comunidad diversos programas y talleres que ayudaban a conservar la palma de wérregue. Arcenio cuenta que, cuando era pequeño, lo usual era cortar toda

la planta para aprovechar los cogollos, ya que era muy alta y estaba llena de espinas en el tronco y en cada una de las ramas. Subirse a recoger solo lo necesario era imposible y, hasta que no llegó herramienta especializada, cortarla era la única opción. Sin embargo, con el corte de las palmas, conseguir las en el monte era cada vez más difícil. Y a esto se le suma que la palma es celosa. Si se siembra en un huerto o se trasplanta, la planta se muere. Solo se puede ayudar a su preservación dispersando la semilla y esperando a que la selva permita el surgimiento de una nueva planta.



Arsenio Moya vive en Bogotá hace 17 años

Arcenio vio la transición del modo de aprovechamiento aun estando en la comunidad, antes de tener que salir de su casa. La llegada de la nueva herramienta implicó un cambio en la comunidad. Ya no tenían que talar la palma, pues contaban con la ayuda de las medias lunas. Con ellas, solo cortaban el cogollo que se iba a extraer. En ese tiempo, también, se hicieron procesos de conservación y de siembra, entre ellos uno que tiene su padre de más de una hectárea de extensión. Allí dispersaron las semillas y están esperando a que crezcan porque, además de la dificultad de siembra y recolección, cada una de las plantas tarda más de quince años en llegar a su madurez, etapa en la que empiezan a brotar sus primeros frutos. Solo es después de este tiempo que se puede empezar a aprovechar las hojas, puesto que antes de la madurez de la planta, los cogollos no son aptos para su aprovechamiento.

Una vez Arcenio tuvo que desplazarse a Bogotá, encontró refugio en su misma comunidad, ya que muchos de sus miembros, tiempo atrás, ya habían tenido que irse desplazados. Él, como la gran mayoría de desplazados del conflicto armado en el país, tuvo que llegar a conseguir su sustento económico. Muy pronto, entró a trabajar en una cadena

de restaurantes y pasó por todos y cada uno de los puestos posibles; fue lavador de platos, mesero, cajero y hasta llegó a ser el administrador. Era un trabajo arduo, que le consumía casi todo su tiempo y lo dejaba agotado. En paralelo, empezó a estudiar contabilidad, una carrera que no terminó, pero que le dejó enseñanzas que aún hoy en día utiliza.

Arcenio Moya piensa que el trabajo con la palma wérregue ayuda a encontrar ideas prácticas para cuidar la familia y las relaciones con los demás.

Cuando salió de trabajar del restaurante, Arcenio decidió estudiar gastronomía con la idea de montar su propio negocio; sin embargo, desistió de su ilusión. Era difícil y agotador imaginarse, después de trabajar nueve años en un restaurante, cómo pasaría toda su vida hasta llegar a levantar desde cero un nuevo restaurante. Para ese momento, llegó a la comunidad el

proyecto Etnias de Artesanías de Colombia, que buscaba fortalecer procesos artesanales en comunidades desplazadas en la ciudad de Bogotá.

Arcenio fue el líder de la organización y, con ella, retomó sus fuertes vínculos con la comunidad que aún se encontraba en Papayo, en el Litoral del San Juan. De la mano de ellos, emprendieron un proceso en el que desde el territorio se enviaban las artesanías más tradicionales —como los jarrones— y las materias primas. En Bogotá, la comunidad que había sido desplazada se encargaba de hacer productos innovadores y reinterpretaciones con las técnicas tradicionales y, también, de comercializar los productos.

Como en cualquier otro proyecto, esta iniciativa no se salvó de tener algunos conflictos internos y terminó disolviéndose. Pero, de igual manera, Arcenio decidió continuar con la idea del proceso basado en la artesanía, por lo que montó su propia organización, teniendo como centro de apoyo a su núcleo familiar, tanto el de Bogotá como el que vive en el Papayo. El haber participado en el proyecto de Artesanías de Colombia le había permitido conocer diversas personas, hacer contactos y saber de las tendencias en diseño. Ahora, una organización un tanto

más vertical le permite encausar sus objetivos por el camino que, según él, puede ser el más próspero. Esta nueva estrategia hasta el día de hoy es la que ha funcionado.

La organización, que él encabeza, ha logrado establecer unas líneas de diseño y calidad, lo que le permite alcanzar un reconocimiento dentro del mundo artesanal, además de mantener relaciones comerciales amplias y serias con diversos compradores. Pero, a la vez, su

modelo le ha permitido restablecer una relación profunda con su territorio. Hoy en día ya no solo vive en Bogotá, puesto que puede estar viajando constantemente a la comunidad. Ahora, tiene dos hogares.

Siempre que puede, Arsenio intenta retribuir a su comunidad todo lo que le ha brindado. Sin ir más lejos, en 2022, con parte de las ganancias que le dejó su participación en Expoartesánías, hizo un ritual en su tierra, completamente pa-

trocinado por él, que buscaba que la comunidad volviera a sus prácticas de armonización, de sanación y de conservación.

En palabras de Arcenio, una de las principales ventajas del trabajo artesanal es que permite la reconexión con el territorio, volver a buscar sus raíces y fortalecerlas. Además, piensa que el trabajo con la palma de wéregue ayuda a encontrar ideas prácticas para cuidar la familia y las relaciones con los demás, así se tengan espinas por comprender mejor.



Canastos de wéregue en la casa de Arsenio Moya

A close-up photograph of a woman with dark hair, smiling broadly and laughing. She is wearing a black top, a silver necklace with a crescent moon pendant, and large purple earrings. The background is a dense, out-of-focus green forest. The text is overlaid on the left side of the image.

El chocolatillo, entre lo afro y lo indígena

Clerina Hueso aprendió sobre las técnicas artesanales
de la mano de su madre

En Timbiquí, la cultura afro e indígena se ha mezclado desde los primeros encuentros entre estas dos comunidades. Ejemplo de ello es el trabajo que adelanta Diani Jori con la Asoartimbiquí y Clerina Hueso con la enseñanza y el cuidado de la tradición artesanal del chocolatillo.

El río y la selva de Timbiquí, enmarcados en la exuberante región del Pacífico colombiano, añaden una dimensión adicional a la riqueza cultural que caracteriza a este lugar del Cauca. Por un lado, el río, serpenteante y vigoroso, es una arteria vital que fluye a través del paisaje, conecta a las comunidades y proporciona una fuente inagotable de recursos. Sus aguas, teñidas por la diversidad de minerales y nutrientes que arrastra, albergan una variada vida acuática y sirven como ruta esencial para el transporte y la comunicación entre las poblaciones que habitan sus orillas.

La selva, por otro lado, se extiende con majestuosidad a lo largo de las riberas del río, creando un tapiz verde exuberante que abraza las comunidades de Timbiquí. Este ecosistema biodiverso es hogar de innumerables especies de flora y fauna. La densa vegetación resuena con los sonidos de aves tropicales e insectos y el susurro constante del viento entre las hojas. Todo este espacio en conjunto es sagrado para

las comunidades indígenas y afrodescendientes. Las tradiciones locales promueven en la población una profunda conexión espiritual con esta selva, que es tanto una fuente de sustento como un refugio esencial para las prácticas culturales y los rituales que definen la identidad de las comunidades en Timbiquí. En este entorno natural, donde el río y la selva se entrelazan, las historias de las comunidades se escriben en la tierra y en las aguas que fluyen con la vida y la vitalidad de la región.

Entre estas selvas y ríos, las comunidades afrodescendientes y las comunidades indígenas han tejido una rica y compleja relación, a lo largo de la historia, en el Pacífico colombiano. Su vínculo se remonta a los días de la colonización, cuando los colonos introdujeron a la población africana esclavizada en el Pacífico para trabajar en la minería, a menudo después de haber diezmado a gran parte de la población indígena en esos mismos lugares. Las dinámicas entre estas comunidades

han evolucionado a lo largo del tiempo y han estado marcadas por complejas relaciones de cooperación.

En el pasado, los llamados libres o cimarrones, antecesores de la actual población afrocolombiana, se embarcaron en arduos procesos de aprendizaje junto con las culturas indígenas. El intercambio cultural permitió que estas comunidades se adaptaran a los desafíos de los intrincados territorios del Chocó biogeográfico. Aprendieron sobre las plantas autóctonas, la fauna local, las selvas, los mares y los ríos. Al mismo tiempo, llevaron consigo conocimientos variados de sus lugares de origen, contribuyendo así a la formación de una cultura híbrida única en la región.

Entre las numerosas plantas con las que ambas comunidades han trabajado se destaca el chocolatillo. Esta planta nativa presenta ciertas dificultades para ser cultivada, ya que su principal reservorio está en el monte. Obtenerla requiere de paciencia y fortaleza para realizar largas caminatas y acceder a sus recursos.

Un ejemplo contemporáneo de cooperación se manifiesta en Timbiquí, donde Diani Jori, una líder comunitaria que se identifica como mestiza, fundó la asociación Asoartimbiquí. Esta entidad tiene presencia en tres de los siete consejos comunitarios afro y en dos de los cuatro resguardos indígenas de Timbiquí.

Entre estas selvas y ríos, las comunidades afrodescendientes y las comunidades indígenas han tejido una rica y compleja relación, a lo largo de la historia, en el Pacífico colombiano.

La colaboración entre Diani Jori y Clerina Hueso, líder y profesora de la comunidad eperara siapidara de la Nueva Unión, se destaca especialmente. Por su parte, Clerina, heredera de conocimientos sobre diversidad plantas y técnicas artesanales transmitidos

por su madre, se centra en el trabajo con el chocoltillo. Su saber implica no solo cómo trabajar la planta, sino también comprender y respetar la *chimia*, el espíritu guardián de la selva que protege los recursos naturales. Según Clerina, la población afro tiende a dejar el trabajo del chocoltillo a las comunidades indígenas, quienes mantienen una conexión más profunda con la selva y sus entidades espirituales, como la chimia, y otras plantas, como el yaré.

Antes de embarcarse en la búsqueda del chocoltillo, las artesanas hacen una pausa aparentemente insignificante, pero que es vital. Esta pausa, según Clerina, representa un momento de conexión y comunicación con la selva y una preparación espiritual para que las búsquedas no sean infructuosas. Además, siguiendo la tradición transmitida por su madre, Clerina destaca que la recolección del chocoltillo debe realizarse en luna menguante para garantizar la calidad óptima de la fibra, esencial para la elaboración de las artesanías.

La vida entrelazada de Diani y Clerina se remonta a su juventud compartida en la escuela de Timbiquí. Hoy en día, a pesar de estar en diferentes etapas de su vida personal, mantienen una conexión única basada en la risa y la rebeldía.

Su asociación actual —que vincula la iniciativa de Diani con la comunidad artesanal de Clerina— busca brindar mejores oportunidades de desarrollo personal y económico para las mujeres. En sus iniciativas, reconocen la importancia de su autonomía económica en contextos de violencia familiar.

Es crucial señalar que la asociación Asoartimbiquí no se limita exclusivamente al ámbito artesanal. Su misión central abarca la exaltación de las tradiciones de las poblaciones afro e indígenas y la protección de sus derechos fundamentales. Esto se traduce en iniciativas que van desde procesos productivos — como la elaboración del viche y las artesanías en chocoltillo y paja tetera— hasta proyectos que buscan prevenir la violencia de género e incentivar la equidad de género. Además, la asociación participa activamente en la promoción de la cultura local, incluyendo aspectos como la comida, la música y las tradiciones populares del municipio. Este enfoque integral responde a la diversidad y complejidad de las comunidades que Asoartimbiquí busca representar y acompañar a fortalecer.



Con Asoartimbiquí, Diani Jori busca promover
la cultura local

La libertad de la caña flecha

Este relato cuenta en paralelo dos historias que comenzaron en Tuchín. La primera cuenta cómo Ramona Salgado aprendió el trabajo con la caña flecha a los doce años. Tiempo después, este saber le sirvió para sacar adelante a sus hijos. La segunda historia es la de Lucas. Sin tener a dónde ir y ni recursos económicos, este hombre recordó el conocimiento que le había sido dado de crianza: el trabajo con caña flecha.



Ramona Salgado en su plantación

Los padres de Ramona se dedicaban al trabajo con caña flecha y para ella era imposible no aprender esta labor. Su infancia estuvo rodeada de cañas en una vereda cercana a Tuchín, allá donde la caña flecha criolla se ha dado desde siempre y desde siempre se ha trabajado.

Cuando Ramona Isabel Salgado aprendió el oficio, estudió cada una de sus etapas por completo, a diferencia de muchas de las personas que ahora se dedican a este oficio y que conocen solo una parte; o saben sembrar la palma o armar el sombrero, por ejemplo. Para esos tiempos, por allá a mediados de los años 60, quien tejía algo en caña flecha se encargaba de todo el proceso. Es más: los sombreros se hacían de una sola trenza, y, en la plaza, miraban raro los sombreros armados y con costuras.

Quien cultivaba la caña era la misma persona que la cortaba, preparaba, teñía, trenzaba y hacía el sombrero o el objeto de su elección. La división de las labores no era lo usual, aunque esta forma de trabajo tampoco era desconocida, y quienes no poseían tierras se encargaban de trenzar la caña flecha. Como dice Ramona, no había muchas alternativas y las personas solo se podía dedicar a hacer artesanía o a la agricultura. Todo se vendía en el mercado de Tuchín, que ya tenía la

vitalidad y el comercio que hoy en día persiste; claro está, guardando las proporciones de lo que entonces era solo un centro poblado del municipio de San Andrés de Sotavento.

Cuando Ramona Isabel Salgado aprendió el oficio, estudió cada una de sus etapas por completo, a diferencia de muchas de las personas que ahora se dedican a este oficio y que conocen solo una parte.

Hoy en día, muchas cosas han cambiado. El centro poblado ya es cabecera municipal y el mercado de Tuchín es más dinámico, más grande y tiene más variedad por ofrecer. Pero muchas otras cosas han permanecido. Aún, todas las mañanas, llegan personas de diversas veredas a vender sus trenzas, sus fibras blancas y negras, sus sombreros, sus productos de caña flecha. Los intermediarios se agolpan en la plaza principal del pueblo, que queda solo a

una cuadra del mercado, y esperan pacientes la llegada de la mercancía. Mientras tanto, las tiendas de artesanías permanecen cerradas. El negocio arranca cuando los comerciantes se van, como si una forma de comercio le diera paso a la otra actividad. Las tiendas, que venden a precios más elevados, se enfocan sobre todo en los turistas. Por su parte, los intermediarios llevan esos productos a otras ciudades, bien sea a Montería o Sincelejo, las capitales más cercanas, o a Bogotá, Cartagena y Medellín, donde se encuentran los grandes mercados permanentes de artesanías.

Ramona ya no asiste a este espectáculo de comercio. Ahora, ella va esporádicamente al pueblo y solo cuando tiene que hacerlo, bien sea por una cita médica o a cobrar el subsidio del gobierno. El resto de los días, la principal comunicación que mantiene con Tuchín es a través de sus hijos.

*

Lucas Flores creció en Tuchín junto con su familia. Pero estando muy joven, por allá en el año 70, su padre decidió irse a Montelibano, al sur del departamento de Córdoba, donde él tenía más familia. Lucas siguió viviendo con su mamá en Tuchín, aunque de vez en cuando visitaba a su padre y se quedaba asombrado por la fertilidad del

suelo que encontraba en sus vacaciones. Al sur de Córdoba, la tierra era mucho más agradecida. La yuca, el ñame y todo lo demás se daba en mayor cantidad y tamaño. Esperanzado en esas bondades, en el año 74, agarró lo poco que tenía y se fue a buscar un nuevo futuro.

Estando en Montelibano, don Lucas, como lo llaman hoy en día con respeto, conformó una familia. Entre las muchas cosas que ha logrado está dar forma a una reserva indígena, ya que no eran pocos los indígenas zenues que habitaban la zona y los indígenas emberá que vivían en las tierras más altas. La reserva se creó con ayuda de la Constitución de 1991, que reconocía los territorios y la autonomía de los indígenas para organizarse.

Así que sin dudarlo, Lucas Flores se propuso enseñar a sus hijos, que ya rozaban la adolescencia, el trabajo con caña flecha.

Lastimosamente, esas tierras, como muchas de las más fértiles del país, han estado en medio de una permanente

lucha. Diversos actores han querido poseerlas, algunas veces por medio de negociaciones, pero, muy a nuestro pesar, casi todas las veces por medio del uso de las armas. En los años noventa, esa zona estaba controlada por la guerrilla de las FARC, quienes disputaban el dominio territorial con el Estado colombiano. Más tarde, para inicios de los 2000, en la región, aparecen las Autodefensas Unidas de Colombia, quienes también entraron a luchar por el control territorial. Esta lucha de actores armados siempre ha dejado a las comunidades indígenas en medio de un fuego cruzado y sin el desarrollo pleno de sus derechos.

Para mediados de la primera década de los 2000, los grupos paramilitares habían logrado el control completo de la zona, por lo que se formaron múltiples alianzas entre actores civiles y armados o, en otras palabras, a los civiles solo les quedaba la opción de colaborarles.

Para ese entonces, Lucas ya tenía seis hijos, y todos conocían la majestuosidad y, a la vez, la tensión del sur del departamento de Córdoba.

*

Ramona se casó joven, como era usual en sus tiempos, y de aquella relación resultaron cuatro hijos. Se fue a vivir con

su esposo cerca de la tierra de sus suegros, en la misma vereda de Tuchín. Y solo se llevó una palmita de caña flecha para cultivar y ayudar con los gastos del hogar.

De esa única planta de caña flecha nacieron muchas más y llenaron el terreno, pues esta planta se reproduce muy fácil, siempre y cuando esté en el terreno adecuado. Hoy en día, Ramona vive en una zona donde corre agua todo el tiempo, la tierra no es apretada y su finca colinda con una laguna que no permite que le falte agua para la caña. Sin embargo, en la actualidad, el agua deja de fluir en las temporadas secas.

Como aprendió desde joven el oficio, Ramona mostró a sus hijos, desde sus primeros años, cómo recoger la caña flecha y trenzarla. Sus cuatro hijos conocen el oficio, aunque solo a dos les gusta practicarlo. Sin embargo, con orgullo, dice que ella misma les enseñó y que en el momento en que lo necesitan, por falta de trabajo o por falta de oportunidades, siempre podrán volver a él. Siempre podrán ayudarse y conseguir lo del café, lo del aceite y lo de sus gastos con el oficio, así como ella lo sigue haciendo a sus 67 años.

Al hablar sobre su plantación de caña flecha, Ramona cuenta que la primera variedad que tuvo fue la de la caña flecha



Lucas Flores en medio de la recolección de caña flecha

criolla, una palma oriunda de la región. Pero recuerda que alguna vez, hace no tantos años, le regalaron otra variedad: la llamada caña flecha seda o monteriana, que se da más al sur del departamento. Esta segunda variedad da hojas más largas, por lo que le dijeron que sería mucho más productiva para su oficio. Ella sembró solo un tallito, y la planta creció y se reprodujo tan rápido que se comió toda la criolla. Según Ramona, aunque no rinde tanto, sí es más suave para tejer y se deja trabajar mejor.

*

En el 2011, después de múltiples tensiones en el territorio, Lucas tuvo que salir huyendo de Montelibano, junto a sus hijos. Con una herida fuerte en la pierna y lo poco que pudieron agarrar, se vieron obligados a buscar un nuevo futuro en otro lado. Para este momento, no sabían a dónde ir o qué hacer, ya que todo lo habían construido en el sur de Córdoba y, además, ningún desplazamiento forzado es fácil. Por cerca de un año, tuvieron que vivir en un colegio de la ciudad de Montería, mientras, entre dificultades, se alimentaban con lo que conseguía del rebusque, sin que el dolor en su pierna le diera tregua.

Cuando ya casi cumplían un año del desplazamiento

forzado, las instituciones les volvieron a dar la espalda: los desalojaron del colegio que se había vuelto su hogar. Sin tener dónde ir, Lucas recordó un pequeño terreno que habían recibido sus padres como herencia en la vereda Cariñito, en Tuchín. Sabía que el espacio era poco, pero era preciso encontrar un lugar donde volver a echar raíces. Como condición para desalojar el colegio, solo pidió que le dieran el transporte para regresar a Tuchín junto con su familia.

*

El matrimonio de Ramona no sobrevivió, al igual que le pasó a la caña flecha criolla. Tuvo que acostumbrarse a cosechar y cuidar una nueva variedad de planta y a vivir junto a sus hijos nada más. En esos tiempos, madre e hijos se encargaban de la recolección de la fibra y la elaboración de los productos.

La caña flecha dominaba todo el espacio y los procesos de corte, deshoje, blanqueado y tintura eran permanentes. En ese mismo espacio, Ramona tenía árboles de bija, útiles para tinturar la caña flecha de negro y para blanquear la caña agria, plátano y uno que otro árbol frutal. Por su parte, la yuca, el ñame y otros tipos de cultivos de pancoger tenían que estar alejados de la caña flecha, ya

que, al tener raíces bajo tierra de forma horizontal, siempre terminaba atravesando y matando a los tubérculos cercanos.

Poco a poco, los hijos de Ramona fueron haciendo su propia vida y, con su salida, el cultivo se fue reduciendo porque cada vez era más difícil de mantener. Así, poco a poco, tuvo que controlarlo y dejarlo de un tamaño apto para que una mujer cada vez mayor pudiese manejarlo por sí misma. Ramona siempre había sido reuente a contratar trabajadores para cosechar, ya que, si bien lo había intentado un par de veces, siempre dejaban el trabajo incompleto. No cortaban las cañas ya maduras o las cortaban mal, y ella debía terminar el trabajo. Además, se quedaba con menos caña flecha, puesto que una forma tradicional de pago en la zona para los mozos

Entre ires y venires, el trabajo con la caña flecha fue creciendo. Compraron herramientas cada vez más sofisticadas e hicieron mejores productos.

(así se les llama a los trabajadores) es darles la mitad de lo que recogen a cambio de cuidar el cultivo y realizar la cosecha.

Ramona hoy en día dedica sus mañanas a recoger las hojas, limpiar el terreno, preparar las fibras y trenzarlas. Su hija, que ya la hizo abuela y vive en una casa cercana, va de vez en cuando a apoyarla en su proceso de tejido. Su hijo se encarga de la comercialización de sus piezas o de sus trenzas porque Ramona ya casi no baja al pueblo, a no ser que sea necesario. Pero cuando baja, siempre va con algunas de sus trenzas o productos listos para vender.

*

Una vez asentados en Tuchín, Lucas recordó aquello que le había sido dado de crianza y a sus hijos les faltaba: el conocimiento sobre el trabajo en caña flecha. Así que sin dudar, se propuso enseñar a sus hijos, que ya rozaban la adolescencia, el trabajo con caña flecha.

Lastimosamente, el terreno no era suficientemente grande como para tener un gran sembradío. Tenían que comprar la fibra en el mercado de Tuchín o a algunos conocidos de la vereda para así poder trenzar la fibra y desarrollar el trabajo.

Entre ires y venires, el trabajo con la caña flecha fue cre-



La caña flecha es una de las fibras artesanales más usadas en Tuchín

ciendo. Compraron herramientas cada vez más sofisticadas e hicieron mejores productos. Incluso, conformaron una organización, que luego llamarían Asociación de Artesanos del Cariñito, y desde allí continuaron vendiendo sus artesanías.

Lastimosamente, Lucas quedó cojo por la herida de la pierna, aunque ahora está mucho mejor que cuando recién

salió de Montería. Los años no pasan solos y el trenzado de la caña flecha se le hace cada vez más difícil. Ahora, dedica sus días al trabajo de la napa, también conocida como iraca, ya que, para él, es más sencilla de manejar.

Con el paso de los años, la organización —que conforman sus hijos, nueras y un hermano— ha crecido de forma gradual y

sostenida. Detrás de la casa de Lucas, un pequeño sembradío de caña flecha, que no supe el volumen necesario para todos los productos que hacen, les sirve para hacer demostraciones del oficio a los visitantes y compradores. Ese cultivo es un recordatorio de dónde inicia todo el trabajo que realizan y de la importancia que tiene la caña flecha en sus vidas.

Una vida con esteras

En Candelaria, desde 1986, Jadis Garrido y Eduardo Rosado han tejido sus vidas en torno a la artesanía con palma estera. Estos dos nombres resonarán en la memoria de la comunidad, ya que fueron los pioneros en dar un giro innovador en una de las tradiciones ancestrales del corregimiento.

Candelaria —un rincón de la costa Caribe colombiana, adentrado en las profundidades del Cesar y a orillas de la Ciénaga de Zapatosa— es un lugar donde las tradiciones se entrelazan con el ritmo de la vida cotidiana. En 1986, llegó a este corregimiento una mujer, Margarita Spenger, en nombre de una organización que la población desconocía: Artesanías de Colombia. Les comentó que con la palma estera, la materia prima que ellos conocían de toda la vida, se podían hacer más cosas, muchas más cosas. Como dice Eduardo, esa fue una espinita que no se pudieron sacar y de la que empezó a surgir toda una nueva tradición artesanal,

de la que han vivido todos estos años y en la que todos en su familia están involucrados.

En un tiempo en el que la artesanía de la palma estera se aferraba a sus formas tradicionales, Jadis y Eduardo se aventuraron a explorar nuevas fronteras. Fueron los primeros en Candelaria en forjar un camino diferente, creando no solo esteras, sino bolsos exquisitamente diseñados. Su curiosidad los impulsó a alejarse del mudo tradicional de la estera y a explorar nuevos métodos y técnicas para dar vida a diseños y figuras inéditas. Lo primero que hicieron fue un bolso con correa, a partir de una coladera que tenían. Con esa primera in-

novación, vieron que se podían hacer más formas y de la correa del bolso, usando el telar vertical, surgieron los tejidos por los que hoy son reconocidos. Ese mismo entusiasmo los llevó a hacer gorras, individuales y canastas. Cualquier forma imaginable la experimentaron para conocer las capacidades de la materia prima que habían conocido durante toda su vida.

El hacer de la estera, especialmente la de dos cuerpos, era un arte que se transmitía de generación en generación. Cuentan que lo hacían los indígenas chimila, que antes habitaban la región, pero que desaparecieron. Sin embargo, la población de la zona se hizo cada vez más

campesina e indígena, y el saber persistió. También, dicen que, en Chimichagua y en toda la zona que rodea a la Ciénaga de Zapatosa, todo el mundo sabía hacer esteras, pero hasta ahí no más. Las esteras solo se hacían bien sea para utilizar de alfombra o de cama, pero no se pensaba en la palma estera para mucho más.

Para esos tiempos, cuando la palma era apenas conocida, y no se trabajaba más que para suplir las necesidades cotidianas de los habitantes, era muy fácil de obtener. No era más que ir a recorrer un poco el monte y se encontraban con una gran cantidad de palmas, de las cuales extraían los cogollos necesarios para hacer las artesanías. Sin embargo, conforme fueron pasando los años, la comunidad fue notando cómo las palmas escaseaban cada vez más. Muchos dueños de predios las cortaban, ya que al tener un tronco tan espinoso, no las querían cerca o, simplemente, para ampliar las zonas de pastoreo, que desde mediados del siglo XX no han parado de crecer en la región.

A partir del riesgo de la eliminación de la planta, las ahora comunidades artesanales aprendieron que la palma estera era endémica, es decir, que solo se daba en aquella región, y que su protección era primordial para el oficio y para el



Jadis Garrido suele hacer tapetes, alfombras, caminos, centros de mesa, sillas; entre otras piezas

ecosistema. Por lo cual rápidamente empezaron a desarrollar múltiples prácticas para hacer un mejor uso y aprovechamiento de la planta. Con el apoyo de diversas instituciones —como la Universidad del Cesar, Corpocesar, la Universidad Nacional de Colombia y Artesanías de Colombia— han desarrollado

manuales de buenas prácticas.

En Chimichagua, como en muy pocas otras partes del mundo, existe una conciencia generalizada sobre cómo debe hacerse la extracción de los cogollos para evitar que la planta se maltrate y pueda seguir reproduciéndose año tras año. Prácticas sencillas —como no



Esteras tejidas en Candelaria y parte de la Ciénaga de Zapatosa

arrancar el cogollo completo, sino únicamente las hojas del centro de cada planta y volverla a poner en posición con ayuda de una horqueta— han ayudado a mantener la especie. Además, hay interés en diversas familias de la región, como la de Jadis y Eduardo, por generar sus propios sembradíos de palma estera, para así evitar acudir a intermediarios que no necesariamente aplican las buenas prácticas en la cosecha de la palma.

Otra de las formas en la que se hace un mal aprovechamiento de la palma estera es con el uso de la vena de la hoja para hacer escobas. Aunque este uso no se discute porque es un buen aprovechamiento, muchas veces cortan toda la hoja de la palma o no aprove-

Jadis Garrido y Eduardo Rosado son conscientes de que el oficio de la palma estera no solo se basa en tener productos de la más alta calidad, sino en innovar y conservar, al mismo tiempo, los sistemas y las plantas nativas.

chan el resto que sí es de utilidad para los artesanos. Este y otros usos hacen que siempre exista entre los pobladores el miedo a la desaparición de esta especie por sobre explotación.

Con el paso de los años, y con el crecimiento del oficio que cada vez es más reconocido, la dependencia hacia los intermediarios es mayor. Ahora, es necesario ir más lejos por la palma estera e, incluso, recorrer otros municipios y montes lejanos para encontrarla. Razón por la cual las artesanas no pueden hacer la recolección directa, sino que esperan a que los intermediarios lleguen al pueblo y ofrezcan la palma ya seca y por arrobos. Una vez la compran, cada taller procura acumular la mayor cantidad posible de palma estera, que puede estar ya tinturada. Luego, quedan a la espera de que vuelvan a pasar los intermediarios, ya que nadie sabe cuándo regresan ni qué precio cobrarán por traer la palma la próxima vez.

Año tras año, la innovación sigue siendo el eje central del trabajo del matrimonio Garrido Rosado. En el día a día de la familia, siempre hay espacio para crear nuevos diseños para presentar en las ferias. Son conscientes que el oficio no solo se basa en tener productos de la más alta calidad, sino en innovar y conservar, al mismo

tiempo, los sistemas y las plantas nativas. Su objetivo es desarrollar cada vez más y mejores diseños, que se vayan adaptando a las nuevas necesidades del mercado, y que la calidad de su labor les permita alcanzar un mejor reconocimiento para ellos y para la población de Candelaria y Chimichagua.

Hoy en día, el matrimonio está adelantando procesos con la Corporación Autónoma Regional del Cesar para empezar a hacer un libro sobre las operaciones forestales. Buscan encaminarse hacia un proceso productivo cada vez más responsable con el manejo ambiental y del que pueda existir una mejor trazabilidad. También, quieren exponer sus mercancías en espacios más diversos, manteniendo un uso responsable de la palma estera.

La historia de Jadis Garrido y Eduardo Rosado es testimonio de cómo la artesanía puede ser un faro para lograr la innovación en medio del cuidado de las tradiciones arraigadas. Su valentía para explorar nuevas fronteras y su compromiso con la conservación de la palma estera los convierten en un par héroes locales, que se esfuerzan por mantener viva la herencia artesanal de Candelaria, incluso en medio de los desafíos propios de este nuevo siglo.



Mañananas en San Cayetano

Manuel Urueta en medio de su principal actividad cotidiana

Manuel Urueta recibió el secreto de la recolección de los cogollos de la iraca cuando era solo un niño. Hoy en día, después de conformar una organización de artesanos y artesanas en San Cayetano, busca promover el cuidado de la palma.

El silencio de la madrugada envuelve a San Cayetano, un rincón tranquilo entre los Montes de María, una región que se encuentra en medio de los departamentos de Bolívar y Sucre, al noroccidente de Colombia. Allí, muy temprano, Manuel Urueta sale a hacer sus labores en el campo y recorre a pie las colinas que marcan el paisaje. Casi todo el corregimiento está adornado por montañas no muy altas y consecutivas, que hacen que transitar por ahí sea un permanente subir y bajar por laderas. También, Manuel pasa por riachuelos y, conforme la lluvia va subiendo o bajando, tiene que esperar a que escampe para seguir su camino.

Manuel trabaja la tierra algunas veces como jornalero y otras veces en un pequeño terreno propio. De lo que más sabe es de cómo hacer productiva la tierra y sus manos lo demuestran. Siempre ha vivido en el municipio y ha tenido que ver cómo han sucedido mu-

chos cambios en estas tierras. Fue testigo de cómo el control de los montes estuvo en manos de las guerrillas, cómo pasó a manos de los paramilitares y cómo ha venido llegando la calma después de varios años. Pero no todo lo que ha visto pasar ha sido malo. Muchas personas han llegado y se han quedado en su vida, otras han convivido con él por largos periodos para enseñarle y otras solo le han dado un buen saludo.

Entre las personas que pasaron y le dejaron una buena enseñanza, Manuel recuerda a una mujer que conoció en su infancia, quien le enseñó a recoger los cogollos de iraca. Aunque ya olvidó su nombre, se acuerda que esta señora era la que se encargaba de comercializar los cogollos en Usiacurí, un municipio del departamento del Atlántico con una tradición centenaria en el trabajo con iraca. Ella era la encargada de recibir los cogollos de la

iraca y procesarlos a finales de los años 70. En ese entonces, como hoy en día, era común que las personas que vieran un cogollo, mientras andaban por los montes, lo cortaran y se lo quedaran, aunque no supiesen de quién era la planta.

El padre de Manuel, como muchas otras personas en el municipio, rápidamente se inclinaron por la recolección de los cogollos, aunque luego perdieron interés, ya que, según él, de ese proceso, solo se recogían culebras. Pero Manuel, hoy en día, responde con risa a esta creencia. Con sus años de experiencia, él sabe que han sido muchas más las serpientes que se ha encontrado en sus labores habituales en medio de la tierra que recogiendo la iraca.

Así el padre de Manuel no se haya interesado en la recolección, el hijo sí lo hizo. A temprana edad ya vio cómo la actividad de recoger los cogollos significaba un aporte para

su economía, pues por medio de ellos fue que logró comprar los cuadernos y los útiles escolares en su juventud.

Manuel reconoce a viva voz que si bien es bueno para recoger los cogollos —y puede tener jornadas en las que sale a las cuatro de la mañana y regresa con la puesta de sol con cientos de cogollos cargados a lomo de mula o en moto, según lo que encuentre—, es más bien lento para la preparación. Dice que es un trabajo en el que no le rinde y que puede ver cómo otras personas hacen cientos en un día, cuando él apenas llega a las decenas. Sin embargo, esto no le importa, ya que encontró su complemento perfecto: su compañera de vida. A ella sí le rinde bastante en la preparación de los cogollos.

En el 2019, Manuel, como otros recolectores de iraca del municipio, recibió gratamente la visita de un proyecto de Usaid (la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, por sus siglas en inglés) y Artesanías de Colombia, que buscaba fortalecer la producción de iraca, así como mejorar las condiciones de recolección y procesamiento, además de impulsar, dentro del municipio, la producción directa de artesanías. Con este proyecto, se realizó una identificación profunda de las prácticas de siembra, cuidados, regis-

tro de variedades y formas de aprovechamiento sustentable de la iraca. También, se hicieron actividades con los tenedores de tierras para generar cultivos de iraca más sostenibles y, de alguna forma, lograr procesos más sustentables en el tiempo, que no dependan de una recolección casual.

Manuel Urueta, su esposa y el resto de la organización desean que los demás artesanos y artesanas se sumen a la producción de objetos finales para mejorar su calidad de vida.

Entre los avances que consiguió el proceso de Usaid y Artesanías de Colombia se encuentra el desarrollar prácticas de cosecha mucho más eficientes, que contribuyan a la sostenibilidad de las iracas. Se definieron plenamente las prácticas de uso y se impulsaron alianzas entre recolectores y tenedores de tierra para conseguir los permisos para entrar a sus predios y recolectar los cogollos sin problemas.

Para el caso de los tenedores de tierra, a diferencia de los

cosechadores, el programa no tuvo los resultados deseados, ya que aunque se logró el licenciamiento ambiental de por lo menos cinco cultivadores, a la fecha ninguno ha hecho efectiva la licencia para conseguir un real aprovechamiento. Esto puede ser porque no le ven el potencial comercial o porque en la región aún está vigente la práctica de ver la iraca como una planta silvestre y quitar los cogollos aunque tengan dueño. Los cultivadores han hecho varios intentos por evitar estas malas prácticas en la región. Sin embargo, es una costumbre que se lleva realizando desde, por lo menos, unas tres décadas atrás y no es fácil implementar nuevas formas de proceder sin iniciativas municipales.

Vale la pena destacar que el caso de Manuel también es una excepción. Él pertenece a un grupo organizado de artesanos y artesanas que procuran el aprovechamiento pleno de la planta y, además, han tenido la oportunidad de presentar sus productos en diversas partes del país y de encontrar en su visibilidad el incentivo para mejorar sus prácticas. La mayoría de quienes se encargan de la recolección de la iraca trabajan únicamente en el jornal y venden los cogollos a intermediarios que no se preocupan por su origen o si provienen de un cultivo propio o si este tiene li-

cencias ambientales o si por lo menos cuentan con los permisos de explotación.

Manuel, así como su esposa y el resto de la organización, espera que sus procedimientos sean replicados y que, a partir de la asistencia cada vez más frecuente a eventos comerciales, muchas más personas en el municipio organicen sus propias formas de explotación del cogollo. También, desean que los demás artesanos y artesanas se sumen a la producción de objetos finales para mejorar su calidad de vida.



Transporte de la iraca una vez es recolectada



Manuel Urueta verifica con detenimiento la calidad de la iraca



Paja tetera



Wérregue



Chocolatillo



Paja estera



Caña flecha



Iraca

Artesanías de Colombia S.A. BIC
Centro de Investigación y Documentación para la Artesanía (Cendar)

Ministerio de Comercio, Industria y Turismo

Adriana María Mejía Aguado

Gerente General

Carmen Liliana Maldonado Cárdenas

Jefe de la Oficina Asesora de Planeación e Información

ARTÍFICES 17

El alma de una artesanía.

Artesanos, artesanas y materias primas

Michelle Olarte García

Luis Aldemar Rodríguez Cifuentes

Comité editorial

Luis Aldemar Rodríguez Cifuentes

Autor de los textos

Artesanías de Colombia S.A.

Luis Aldemar Rodríguez Cifuentes

Michelle Olarte García

Fotografías

Jimena Martínez Argüello

Corrección de estilo y diseño editorial

© Artesanías de Colombia S.A.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Carrera 2 No. 18 A - 58

artesanias@artesaniasdecolombia.com.co

Catalogación en la publicación Artesanías de Colombia

Artífices 17: El alma de una artesanía. Artesanos, artesanas y materias primas

Artesanías de Colombia. - Bogotá: Artesanías de Colombia, 2023. No. 1 (2014) - No. 17 (El alma de una artesanía. Artesanos, artesanas y materias primas) (2023).

Volúmenes: ilustraciones; 21.59 x 27.94 cm.

Anual

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas - 2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas - 3. Desarrollo artesanal - Colombia - Publicaciones seriadas - 4. Oficios artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia

745.5-dc23

JMCH/CENDAR



CENDAR
BIBLIOTECA DIGITAL



artesanías
de colombia